

Los años pasados entre nosotros, años en los que hemos recibido su enseñanza, su cordialidad, su continua lección de honestidad y firmeza, su pícaro ironía, le han ligado entrañablemente no sólo a nuestras vidas sino a nuestras instituciones, a las que ha servido con altura, con gran dignidad y con inmensa responsabilidad. Por esas cualidades del hombre cabal y de maestro auténtico hoy se le honra.

Para terminar, se anotan los conceptos del doctor José Quiñones Melgoza, expresados en una nota en su “Ensayo para una bibliografía general directa del doctor José Ignacio Mantecón Navasal”, publicada en el *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, 1992-1993.

Este ensayo bibliográfico fue compilado para un homenaje (por mala fortuna de mi labor, hoy pesarosamente póstumo), que iba a ser (hoy también lo es) un testimonio de mi gratitud, el cual optimistamente portaría por extensión, aunque sin merecimiento alguno, y asumiendo la representatividad que no le correspondía, el de todos aquellos mexicanos estudiosos de la bibliografía y la biblioteconomía a los que el doctor José Ignacio Mantecón (Zaragoza, 1902-México, 1982) sirvió (lo cual era servir a México), como los mejores y más insignes maestros, cerca de cuarenta años (llegó al país en 1940, luego de sufrir la ignominiosa represión franquista), ya enseñando, ya dirigiendo; ya orientando discípulos, ya formando investigadores. No se me escapa aquí que el homenaje más compensable a su abnegada entrega sería la publicación póstuma de *El Juguetillo* de Bustamante (núm. 11), en cuya edición, estudio, notas e índices puso tanto empeño, y que vimos finalizado desde 1977.

## Hugo Margáin

*Salma Saab*

Hugo Margáin, filósofo —en su sentido más cabal—, colega, amigo entrañable. Es víctima de la violencia a la temprana edad de treinta y seis años. Muere en 1978, cuando su visión filosófica estaba cobrando contornos más definidos y sus proyectos para colaborar en el desarrollo de la filosofía en México empezaban a cristalizar. Destacaban muchas cualidades en su persona que lo hacían un filósofo singular y excepcional, además de muy querido y respetado por los maestros, amigos y estudiantes que le rodearon. Llamaba su atención su rara y atractiva mezcla de generosidad, sencillez, buen humor, inagotable curiosidad, lucidez y hondura de pensamiento. En él filosofía y vida fueron una. Hugo tenía la virtud de ejercitar su certera y penetrante inteligencia, sin burlas,

sin alardes de superioridad y sin despliegues de gran erudición combinado con la actitud curiosa y perpleja de quien está constantemente debatiéndose y replanteando un sinnúmero de interrogantes y dudas. Su pensamiento era profundo y sus preocupaciones no se satisfacían fácilmente, al grado de atormentarlo de manera vital. Encontró en la filosofía analítica un marco idóneo para sus reflexiones, un marco que se ajustaba a su temple y carácter filosófico. De allí que después de haber iniciado sus estudios en la Facultad de Derecho y cursado la licenciatura en Filosofía en nuestra Universidad, continuara sus estudios de doctorado en la Universidad de Oxford, Inglaterra, centro en el cual se encontraban o visitaban continuamente los más destacados exponentes de esa corriente.

Antes y después de su estadía en Inglaterra, tuvo por algunos años —pocos desgraciadamente— un desempeño en la Facultad, impartiendo los cursos de Introducción a la filosofía, Lógica, Filosofía de la lógica y Semántica filosófica. Estaba en el proceso de elaboración de un texto de lógica, que tanta falta hacía, y todavía hace, en nuestros medios de habla hispana. Y es de lamentar que ese proyecto nunca se concretara, salvo por sus apuntes, que algunas generaciones tuvieron la fortuna de estudiar. Era buen interlocutor, desenfadado y respetuoso de las opiniones de los demás; esto hacía que sus diálogos, además de amenos, fueran fructíferos. Los diálogos con los estudiantes se continuaban frecuentemente fuera de las aulas, dando ocasión a sus alumnos de estar con alguien que además de indudable vocación filosófica hacía del pensar un placer y un deleite.

Se caracterizó por su entrega a nuestra Universidad, sin perder de vista la importancia de que la filosofía no se ejerza en el aislamiento ya sea personal o de una comunidad cerrada. Participó infatigablemente en los medios de comunicación, revistas de difusión y de cultura y en conferencias y mesas redondas tanto en el bachillerato como en otras facultades y centros culturales.

Lo sorprendió la muerte a los escasos meses de haber ocupado la dirección del Instituto de Investigaciones Filosóficas, siendo para el Instituto, para la Universidad y para la filosofía en México una pérdida muy dolorosa, irrecuperable. El paso de los años no disminuyen la rabia y la indignación frente a la estupidez, la brutalidad y la insultante impunidad de los responsables de su muerte que a la fecha sigue sin esclarecerse.

Es una gran ironía el que de los muchos temas filosóficos que le preocupaban, algunos de los que más le perturbaran fueran justamente los de la racionalidad, el entendimiento de la conducta humana y el ejercicio de la violencia y la irracionalidad. Los que lo conocimos lo seguimos recordando con cariño y admiración.